SOCIOLOGÍA

Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI

Edades, condiciones de vida, participación e incorporación tecnológica en el cambio de época

Sandra Ezquerra,
Mercè Pérez Salanova,
Margarida Pla, Joan subirats (eds.)

CIENCIAS SOCIALES Ariel

POLÍTICA

Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI

Edades, condiciones de vida, participación e incorporación tecnológica en el cambio de época

Sandra Ezquerra,
Mercè Pérez Salanova,
Margarida Pla,
Joan Subirats (eds.)

CIENCIAS SOCIALES Ariel

Esta publicación ha contado con el apoyo fundamental de la Fundación General CSIC
como entidad financiadora del proyecto de investigación que ha servido
de base a la elaboración del libro.

1.ª edición: noviembre de 2016

© 2016, Sandra Ezquerra, Mercè Pérez Salanova, Margarida Pla, Joan Subirats (eds.);
Pau Alarcón, Eva Alfama, Ramón Canal Oliveras, Manoli Cantillo Monjo,
Marta Cruells, Pura Díaz-Veiga, Miquel Domènech, Mariona Estrada Canal,
Joan Font, Daniel López Gómez, Josep Maria Mesquida, Pilar Monreal-Bosch,
Julio Pérez Díaz, Pilar Rodríguez Rodríguez, Elisa Sala Mozos, Judith Salazar Irusta,
Jorge Luis Salcedo, Montse Sánchez Farré, Mayte Sancho Castiello, Toni Vilà.

Derechos exclusivos de edición en español:
© 2016, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2443-2
Depósito legal: B. 21.283 - 2016
Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un
sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Introducción 9

CAPÍTULO 1. **Cambio de época y personas mayores. Una concepción de ciudadanía abierta e inclusiva**, Joan Subirats 21

BOX. **El temor al envejecimiento demográfico**, Julio Pérez Díaz 44

BOX. **¿De qué hablamos cuando hablamos de envejecimiento activo? Interpretaciones distintas, propuestas divergentes**, Eva Alfama y Marta Cruells 56

CAPÍTULO 2. **Miradas de género al envejecimiento y a la vejez**, Sandra Ezquerra, Eva Alfama y Marta Cruells . . . 67

BOX. **Personas mayores y diversidades sexuales**, Josep Maria Mesquida 88

CAPÍTULO 3. **La participación plural de las personas mayores en el siglo XXI. Desafíos y respuestas**, Mercè Pérez Salanova y Margarida Pla 95

CAPÍTULO 4. **¿Participan las personas mayores de manera distinta? ¿Cuánto y cómo participan?**, Pau Alarcón y Joan Font 115

CAPÍTULO 5. **Las personas mayores, ¿de objetos a sujetos? Subjetividades e identidades**, Margarida Pla y Mercè Pérez Salanova 141
BOX. **Cinco elementos clave del envejecimiento activo**, Mercè Pérez Salanova. 159

CAPÍTULO 6. **Los diez retos de las políticas locales de envejecimiento en España**, Ramón Canal 165
BOX. **¿Qué tiene de particular el envejecimiento en los municipios rurales de la costa mediterránea?**, Pilar Monreal-Bosch. 191
BOX. **Acción comunitaria y soledad no elegida. Ejemplos de políticas al respecto**, Elisa Sala Mozos 196

CAPÍTULO 7. **Resistencias y retos ante la desfamiliarización del cuidado de las personas mayores**, Sandra Ezquerra, Margarida Pla y Manoli Cantillo 201
BOX. **¿Cómo avanzan las dinámicas de *senior cohousing* en España?**, Daniel López Gómez y Mariona Estrada Canal 227

CAPÍTULO 8. **La perspectiva sociosanitaria en la dinámica cuidados-salud**, Ramón Canal y Toni Vilà. 237
BOX. **Implantación de un modelo de atención centrado en las personas. La experiencia de Etxean Ondo**, Pura Díaz-Veiga, Mayte Sancho, Pilar Rodríguez y Judith Salazar 259
BOX. **La teleasistencia domiciliaria: promesas, logros, desafíos**, Miquel Domènech 269

CAPÍTULO 9. **¿Ciudadanía digital para todas las edades? Exclusión e inclusión digital de las personas mayores**, Eva Alfama, Marta Cruells, Jorge Luis Salcedo y Montse Sánchez 277

Capítulo 1

CAMBIO DE ÉPOCA Y PERSONAS MAYORES. UNA CONCEPCIÓN DE CIUDADANÍA ABIERTA E INCLUSIVA

Joan Subirats

¿Podemos seguir pensando y viviendo la vejez como lo hacíamos a finales del siglo XX? ¿No corremos el peligro de mirar lo que ocurre a nuestro alrededor con unos anteojos obsoletos y desenfocados? Por un lado, hemos de empezar a repensar del todo la idea de que la vida se divide en tres grandes etapas en las que, por edades, establecemos períodos de formación, trabajo y ocio, cuando lo que vemos es muchas más continuidades y discontinuidades vitales no marcadas por los mojones tradicionales de infancia-juventud, edad adulta y vejez, y, a su vez, muchas diferencias entre hombres y mujeres en sus trayectorias vitales. Por otro lado, parece claro que no podemos permanecer impasibles ante los enormes cambios sociales, económicos, culturales y tecnológicos que venimos experimentando en estos primeros años del siglo XXI. En ambos casos no nos ayuda el seguir manteniendo una mirada coyunturalista y episódica frente a lo que se denomina «crisis», sin entender que también en el tema de las edades estamos entrando de manera definitiva en un nuevo escenario social, económico y político. Estamos entrando en una nueva época.

Como ya hemos adelantado, es obvio que el tema de «hacerse mayor» no queda al margen de ese proceso de transformación y cambio del trabajo, de las estructuras familiares, de la mayor heterogeneidad social o de los formatos de los servicios públicos y no

públicos que se relacionan con ese sector poblacional que crece en número y en diversidad y que genera nuevos espacios de producción y consumo. La transformación (parcial, incompleta y desigual) de los roles en los que se encuadraban hombres y mujeres, la emergencia y creciente consolidación de la sociedad del conocimiento, el cambio en las expectativas, una mayor individualización de las trayectorias personales (con menos lazos y vínculos) y una perspectiva cada vez más asentada de una mayor esperanza de vida hacen que el envejecimiento tenga hoy poco que ver con lo que entendíamos que era en pleno auge del modelo de sociedad industrial (que podríamos localizar en la segunda parte del siglo XIX y tres cuartas partes del siglo XX). Por otra parte, estos mismos cambios están generando más desigualdad, más precariedad laboral y desempleo, más inestabilidad en el entorno laboral y familiar, y hacen que los espacios de socialización y las estructuras de apoyo a las personas mayores que lo necesitan se vuelvan más frágiles y cambiantes.

La conclusión parece evidente: necesitamos nuevas miradas en relación con una realidad que nos está cambiando muy rápidamente y frente a la cual seguimos usando viejos paradigmas. Éste es el objetivo de esta publicación y, más específicamente, de este primer capítulo.

De dónde venimos y dónde estamos. El paradigma de la vejez en la sociedad industrial y su falta de acomodación a los nuevos tiempos

Como decíamos, existe una clara contradicción entre los cambios acelerados a los que asistimos y que nos afectan, y la tenacidad con la que seguimos sosteniendo un conjunto de prejuicios sobre temas que han cambiado muy rápidamente. Mezclamos, por ejemplo, el hacerse mayor o la ancianidad con decadencia física e intelectual. Al mismo tiempo, las cifras de esperanza de vida, de alargamiento de los ciclos vitales e intelectuales, o la constante presencia de personas adultas y mayores activas en todo tipo de actividades y procesos, nos van desmintiendo nuestras anteriores convicciones y estereotipos. Lo que vamos viendo es que las personas llegan a edades que antes considerábamos como muy avanzadas mante-

niendo altas dosis de flexibilidad y adaptación. Los hitos vitales con los que dividíamos las distintas etapas de cada quien ya no nos sirven para seguir distinguiendo niños de jóvenes, jóvenes de adultos o adultos de mayores. Y además, somos conscientes de que la cosa se complica si empezamos a distinguir hombres de mujeres, personas en grandes ciudades o las que viven en zonas de baja densidad, personas con trayectorias laborales centradas en esfuerzos físicos y manuales y personas que han tenido empleos menos exigentes desde este punto de vista.

Lo cierto es que hemos utilizado a menudo una concepción de la vida muy vinculada a un trabajo estable que estructuraba la vida de cada quien y sabemos que ello no ha sido así ni para todo el mundo ni en cualquier lugar. Un trabajo que se acostumbraba a vincular con la fase inicial de la formación y el aprendizaje, y que acompañaba toda la vida, saliendo del mismo sólo al final de la propia existencia. Se fue usando la metáfora de las estaciones de verano e invierno para describir ese relato de las trayectorias vitales configuradas desde y para el trabajo. Pero sin incorporar a ese concepto de «trabajo» muchas labores de cuidado y subsistencia que nunca se reconocieron. Entendemos que estamos ahora ante trayectorias vitales mucho más complejas, heterogéneas y diversificadas, y por lo tanto la descripción de las dos estaciones y del «trabajo» mercantilmente reconocido resulta pobre y simplificadora.

Las estrecheces y carencias de este tipo de relato, que podemos considerar hasta cierto punto hegemónico, son desde nuestro punto de vista evidentes. Presenta a las personas mayores como frágiles, necesitadas de atención; con problemas de comprensión y de movilidad; muy limitadas en cuanto a sus posibilidades de ocio y de placer; básicamente improductivas (como muchas otras situaciones que afectan a las mujeres, sobre todo) y destinadas a acabar sus días en una institución especializada en este tipo de «población dependiente». No podemos, por tanto, considerar extraño que las políticas públicas destinadas a este gran colectivo de personas resulten básicamente obsoletas y poco satisfactorias para sus destinatarios.

Pero es asimismo cierto que frente a ese relato ha ido planteándose otra visión que tampoco podemos aceptar como satisfactoria. Nos referimos a la que ve en la etapa de la ancianidad o la vejez una especie de «madurez dorada» en la que una persona mayor conse-

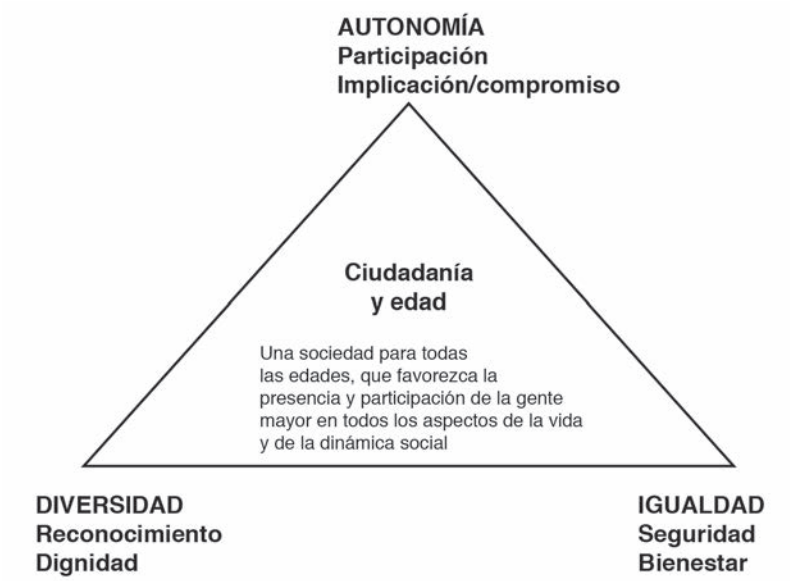
guiría con éxito mantenerse activa, autónoma y plenamente responsable. De esta manera, esas «nuevas» personas mayores dispondrían de muchas nuevas oportunidades. Una especie de «nuevos renacentistas» que podrían empezar otra vez en lo que desearan, dedicando tiempo y esfuerzo a inquietudes y a deseos no cumplidos. Es evidente que ése tampoco es un relato que refleje la realidad multiforme y muy desigual de las personas mayores en cuanto a recursos económicos, cognitivos o relacionales.

Más allá de esta lógica binaria y simplificadora, hemos de repensar con ellos y ellas estas percepciones, tratando de recomponer a las personas en su plenitud, superando la fragmentación de problemas y respuestas, y evitando tanto la infantilización (personas que padecen limitaciones significativas en su autonomía personal) como la ilusión de una etapa dorada (hoy por hoy irreal para la mayoría y parcialmente sólo accesible a unos pocos). La manera de repensar esa realidad exige probablemente partir de una concepción de ciudadanía en la que podamos caber todos, sea cual sea nuestra edad, clase social, género u origen. Ello exige reconocer las especificidades que implican vivencias de edades distintas, opciones afectivo-sexuales distintas, creencias y pautas culturales distintas, capacidades y género diferenciados.

Los valores que entendemos básicos para fundamentar esta visión de la ciudadanía desde la que generar una nueva mirada del ciclo vital y, en este sentido, de las personas mayores y de la ancianidad, serían los de autonomía personal, igualdad y diversidad. Entendemos estos valores en su articulación y combinación, no como espacios estancos y, por tanto, aceptamos que su articulación puede no estar exenta de tensiones (véase figura 1.1).

El valor de la autonomía personal

No hay edad en la que deje de ser importante la propia autonomía. En este sentido, no podemos seguir considerando que ser mayor significa ser inútil y dependiente. Las personas mayores, como la gente de cualquier otra edad, quieren seguir siendo y sintiéndose personas útiles y autónomas el mayor tiempo posible. Y esto no tiene sólo que ver con las específicas condiciones de vida y de salud de cada uno, sino también con el ser útiles socialmente, realizando ta-



Fuente: elaboración propia

FIG. 1.1. *Ciudadanía y valores básicos para una nueva configuración de políticas públicas de la edad.*

reas y funciones socialmente útiles que ya ahora se desarrollan, pero que no se reconocen. Quiere asimismo decir que toda etapa vital es buena para aprender y para enseñar, compartiendo saberes. Trabajo y jubilación se han convertido en términos irreconciliables. Y no tiene por qué seguir siendo así. Los grandes cambios que se han ido produciendo en el mercado de trabajo van en la línea de introducir más precariedad, menos continuidad, más inseguridad en las condiciones de trabajo. Y se ha ido asimilando juventud con flexibilidad laboral y gente mayor con rigidez y mayores costes laborales. No puede ello aceptarse sin más. Es preocupante que a partir de los 50-55 años se entienda que una persona ha dejado de ser significativa desde el punto de vista productivo. No puede separarse alegremente ocupación y cohesión social. Y ésa es una perspectiva clave. Si lo vemos así, entenderemos que referirse a las personas mayores y a sus ocupaciones únicamente como fuente de trabajo para otros es claramente simplificador.

Pero ¿puede uno seguir trabajando al mismo tiempo que se jubila? Entendemos que sí. Sobre todo si consideramos que trabajar quiere decir generar valor y no lo asimilamos únicamente a lo que

el mercado da valor. Hablamos de ser útiles socialmente. Trabajamos cuando participamos en actividades voluntarias. Lo hacemos cuando cuidamos de nuestros hijos y nietos. Trabajamos cuando damos consejos sobre cómo hacer mejor esto o aquello. Trabajamos cuando ayudamos, por ejemplo, a que no se pierdan oficios, maneras de cocinar o cuando somos capaces de recuperar y hacer revivir elementos de memoria histórica. Y sabemos que esta clase de ocupaciones no comportan necesariamente contraprestación económica, no incluyen salario. Creemos que sería importante no sólo reconocer lo que de hecho ya se hace, sino además darle un valor social, buscando alternativas que lo manifiesten (reducciones fiscales, por ejemplo). No es absurdo imaginar el que puedan contemplarse encargos puntuales a profesionales, a artesanos, a personas que quieran seguir ejerciendo sus trabajos, y permitir que los mismos tengan algún tipo de contraprestación económica no regular, con las correcciones legales y económicas que deban realizarse para evitar abusos, solapamientos y problemas con otros colectivos. Lo importante es conseguir que el capital humano, social e intelectual acumulado por los mayores, sus conocimientos, su *expertise,* no se pierdan ni se dejen de lado. Y que, al mismo tiempo, ello permita su mejor articulación con la comunidad que los rodea, manteniendo lazos y vínculos relacionados con su quehacer, con su estar entre todos.

Ello está bastante claro en el campo de la formación. Un campo en el que más probablemente que en ningún otro la diferenciación por edades resulta totalmente obsoleta. Muchas experiencias ponen de relieve que el papel de la gente mayor como alumnos y como profesores es evidente. A todos nos queda mucho por aprender. Y en ese sentido, conviene resaltar el gran atraso de nuestro país en el tema de la formación de adultos. Hablamos de «sociedad del conocimiento», pero todavía hay un buen puñado de ciudadanos y ciudadanas a los que les cuesta seguir la lectura de un libro o no saben por dónde empezar cuando están frente a un ordenador. Es evidente lo mucho hecho en estos años, pero es necesario aumentar ese esfuerzo haciendo realidad la idea del aprendizaje a lo largo de la vida. En una sociedad como la nuestra, la educación es central, determinante para el bienestar y el progreso de su gente. Y, cuando hablamos de educación, no nos referimos a enseñanza. Hablamos de la fase vital de 0-100 años. Aceptar ese reto implica

construir y mejorar los espacios educativos para adultos y gente mayor. Y en esa tarea serán importantes las escuelas, los institutos y las universidades.

Es tan importante poder acceder a cursos ordinarios en itinerarios que ya existan, como poder organizar cursos específicos con itinerarios formativos propios. Y esto es especialmente importante si nos referimos al acceso a las tecnologías de información y comunicación. No es necesario insistir en el hecho de que nuestra sociedad se caracteriza, cada día más, por el papel central que juega la tecnología en nuestras vidas, y ése es ya hoy un componente clave de la autonomía personal.

Es evidente que se está avanzando en el tema, pero es necesario insistir, entendiendo que ciudadanía plena y acceso digital cada vez van a ir más unidos. Hace falta invertir en equipamientos, en aulas, pero también en formadores adecuados, en equipos aptos en su configuración por las dificultades de vista o de manipulación de los aparatos. Los adelantos ergonómicos deben ir acompasados con espacios y personas que se dediquen a enseñar de manera especializada a la gente mayor en el acceso a las tecnologías de información y comunicación. El objetivo, recordémoslo una vez más, es que todas y todos seamos más autónomos sin renunciar a los vínculos y lazos que articulan y tejen la comunidad; que nos podamos valer por nosotros mismos, al lado de los otros; que podamos aprovechar los recursos de conocimiento, de accesibilidad y de interacción que permite la tecnología para ser autónomos siendo interdependientes.

El valor de la igualdad y las condiciones de vida

Las condiciones de vida en los últimos treinta años han mejorado notablemente. Pero también sabemos que las desigualdades siguen existiendo y que éstas incluso han aumentado en los últimos años. Tampoco en esto la edad es un factor determinante, aunque pueda constituir un factor de agravamiento o de intensidad (niños, ancianos, etc.). Las personas mayores han visto en los últimos años que, si bien en comparación con otros segmentos de población (especialmente niños y jóvenes), su posición estaba mejor protegida (por efecto de las pensiones y porque muchos de ellos tenían ya resuelto el tema de la vivienda), a pesar de ello una buena

parte del colectivo seguía padeciendo muchas carencias y acumulaba vulnerabilidades. Los datos que manejamos nos indican que la gente mayor representa hoy más del 20 % de los habitantes del país. Cerca del 60 % son mujeres. Muchas de esas personas viven solas, la mayoría mujeres. El 30 % de la gente de más de 65 años tiene alguna clase de discapacidad. En estudios recientes se certifica que el riesgo de pobreza es casi el doble entre la gente mayor que entre otros grupos de edad. Una de cada tres personas mayores está en esta situación, aunque es también cierto que los efectos de la crisis han provocado que la pobreza relativa de las personas mayores haya, en parte, disminuido. Y ello afecta más especialmente a las viudas o mujeres mayores que viven solas. También es cierto que, como decíamos, hay gente mayor que mantiene buenas o aceptables condiciones económicas y de bienestar. Pero lo que nos debe preocupar son precisamente estas desigualdades. Y especialmente las situaciones de discriminación y exclusión que sufren muchas personas mayores con condiciones de vida muy precarias.

Hemos de ser conscientes, además, de que habitualmente existe una coincidencia fatal entre personas con vulnerabilidades acumuladas y frágiles condiciones de vida y personas con poca capacidad para hacerse oír. Tampoco eso tiene que ver específicamente con la edad. Pero, entre las personas mayores, la existencia de lo que podríamos denominar colectivos invisibles es real y es importante tenerla en cuenta. Son personas con pocos lazos familiares o sociales, que tienen a menudo dificultades para pagar los servicios considerados básicos hoy en día como son el teléfono, el agua, la calefacción, la luz, etc. Gente que, cuando se les estropea algo de la casa, tienen serias dificultades para poder afrontar el coste de su reparación o la necesaria sustitución. En este tema, los poderes públicos no pueden sólo poner a disposición de la ciudadanía en general, servicios y prestaciones. Han de tener una actitud proactiva y anticipatoria, buscando cómo conectar con esos colectivos y personas, tratando así de responder a sus pequeñas y grandes coyunturas de precariedad y exclusión, de manera más diferenciada. Entendiendo quiénes son, qué les pasa, cómo se les puede atender de manera más personalizada y eficiente. Y ello sin duda tiene que ver no sólo con las instituciones públicas, sino con las entidades financieras, las grandes compañías de servicios básicos, etc. Las administraciones, las grandes compañías de servicios, o las aparente-

mente indispensables entidades financieras tratan muchas veces a estas personas de manera estandarizada, distante. Trabajan con categorías, y la gente mayor que acude a pedir ayuda o a plantear sus problemas no piensa ni se manifiesta en forma de categorías, sino que lo hace expresando problemas, casos, peripecias... Y es en ese, a veces, diálogo de sordos en el que la equidad está en juego. Y es en esos instantes de cotidianeidad cuando deberíamos poner en práctica la responsabilidad social de la que alardean entidades, empresas e instituciones.

En este contexto no podemos dejar de hablar de seguridad, o mejor, de seguridades. Las incertidumbres aumentan cada día. Mucha gente se siente más frágil, más vulnerable ante cambios que se suceden con gran rapidez y que alteran profundamente las formas de vida y las relaciones interpersonales. Muchas veces la gente mayor se ve afectada de manera más intensa por estas sensaciones de riesgo. Sufre inseguridades en la calle, en sus pautas de consumo. Sufre presiones vinculadas a su condición de arrendatario, provocadas por el fuerte aumento de los precios de la vivienda o por la creciente presión del turismo en algunos enclaves. Puede tener la sensación de que su aislamiento o soledad la puede dejar más indefensa ante la presencia de extraños. Y como sabemos, puede sufrir incluso presiones y violencia de personas próximas por temas económicos o surgidos de la convivencia diaria.

Ante ello, lo importante es ser conscientes de estas vulnerabilidades, evitando respuestas genéricas y tratando más bien de prevenir y ayudar para que personal y colectivamente podamos sentirnos más seguros. Seguros en las condiciones de vida, en el mantenimiento de las viviendas, seguros con los recursos básicos que todos tenemos derecho a tener y seguros también en nuestra integridad física y material. Ello debe implicar no separar las inseguridades unas de otras, viendo conjuntamente, administraciones y cuerpos de seguridad, cómo hemos de actuar entre todos para prevenir y responder mejor a estas fragilidades. No todo el mundo sufre igual estas vulnerabilidades. Como bien sabemos, tratar equitativamente a la gente no quiere decir tratar a todo el mundo igual. Implica tratar de manera diferente a aquellas gentes, aquellas situaciones que son diferentes, porfiando al mismo tiempo para que todo el mundo llegue a niveles de servicios y de calidad que sean similares. Hablamos de diversidad.

El valor de la diversidad: reconocimiento y dignidad

Estamos en un mundo en el que el tema de la diversidad como valor va a ser clave. Y no podemos olvidar que muchas veces hay una cierta confusión entre igualdad y homogeneidad. Lo contrario de la igualdad es la desigualdad, y lo contrario de la homogeneidad es la diversidad. Se puede tratar de mejorar los aspectos relacionados con la igualdad entre las personas sin por ello tratar a todo el mundo de la misma manera. Es ésta una cuestión que afecta a todas las edades y situaciones. Crece la exigencia de que se reconozcan las distintas maneras de ser persona. En asuntos culturales, religiosos, lingüísticos, pero también en opciones de identidad y opción sexual, en temas de consumo alimentario o en decisiones que afecten a la salud y a sus tratamientos.

En el caso específico de la gente mayor, y de manera general, sabemos que para garantizar la autonomía individual de una persona que empieza o afronta la última parte de su vida, deberemos considerar de manera especial aspectos relativos a salud y movilidad, pero también relacionados con su formación, vivienda, y capacidad de plantearse autónoma y críticamente su propia realidad. Sabemos también que no todo el mundo llega a ciertas etapas vitales en las mismas condiciones económicas, culturales y de arraigo e inserción social. Tratar de manera diversificada las claras situaciones de desigualdad existente entre la gente mayor es una garantía de que luchamos de forma adecuada para garantizar la igualdad de las personas mayores. Y por lo tanto, deberemos ir clarificando qué quiere decir ser ciudadano y persona mayor en un país que cada vez debería ser más capaz de reconocer y tratar con igual dignidad la diversidad de opciones vitales, sexuales, culturales y religiosas.

Es evidente que, cuando se llega a los últimos años de la vida, la autonomía funcional mengua y ello exige más ayuda, más apoyo. Y en este sentido celebramos que en España se haya avanzado en el reconocimiento del derecho a la promoción de la autonomía personal como un derecho de carácter universal. Pero es importante recordar que en cada fase vital, cada persona es de alguna manera dependiente de las otras. E incluso en los momentos finales de la vida de una persona, su gente sigue dependiendo de él o ella. Por ejemplo, tienen interés en saber lo que sabe el que se va, el que les

va a dejar. Quisieran seguir contando con él o ella de alguna manera. Crece asimismo la voluntad de las personas de decidir cómo quieren ser tratados en los momentos postreros de sus vidas.

Todo ello nos obliga a repensar la manera como se presenta la vejez en los medios de comunicación. Muchas veces se les presenta como personas poco flexibles, rígidas, poco dispuestas a aceptar los cambios, y más bien decadentes y pasivas. Es preciso ser conscientes de que la realidad es una construcción social que se forma sobre todo en los medios de comunicación. Deberíamos, pues, esforzarnos en que la gente mayor cuente con más y mejores canales de expresión, maneras más específicas y dignas de estar presentes. Interlocutores que reconozcan y conozcan esa realidad. Ello no tiene por qué implicar tener espacios específicos, aunque puedan ser necesarios en ciertos casos, sino, sobre todo, estar presentes, de manera natural y no sesgada, en el día a día de los medios y también en los espacios de publicidad. No por debajo de otros colectivos que hoy son objeto de atención especial, como por ejemplo los vinculados al género o la diversidad étnica.

Reconocer esta diversidad, tratar con dignidad las especificidades de la gente mayor es, pues, importante. Pero también lo es, hablando de diversidad étnica, el entender y reconocer cómo ha ido cambiando nuestro país en los últimos años. Un país cada vez más diverso. Y no podemos más que celebrarlo. Se ha ido demostrando que hemos sido capaces de acoger, ayudar y ayudar a seguir adelante a la gran mayoría de los que han llegado. Todo el mundo va acomodándose, encontrando su lugar, en un país que respete y sea respetado. Pero más allá de estos principios generales, la diversidad étnica y religiosa, se expresa y se expresará también en la forma de abordar específicamente la relación y la atención a las personas mayores procedentes de otros horizontes físicos y culturales.

Deberíamos saber cómo reaccionar ante esta realidad. Las mujeres mayores merecen ser reconocidas en sus especificidades. En sus valores propios. Las mujeres mayores acostumbran a transitar de manera menos traumática el paso de la vida laboral activa a la fase de la jubilación. Venimos de una época en la que las mujeres trabajaban en casa y los hombres salían a ganar el pan fuera del hogar. Ahora sabemos que las cosas son cada vez menos así, ya que tanto los hombres como las mujeres trabajan fuera de casa. Pero también sabemos que en casa siguen trabajando mucho más las

mujeres que los hombres. Las mujeres mayores mantienen notables continuidades en la asunción de responsabilidades básicas para la convivencia familiar, para el bienestar y el cuidado de los suyos. Y es preciso tenerlo en cuenta y reconocerlo en el valor inmenso que tiene. Viven más años y viven más solas. Y esto también hace falta que se tenga en cuenta, tanto con las ayudas económicas específicas como en recursos de apoyo y de atención para esas mujeres que lo han dado todo por los suyos y lo siguen haciendo mientras pueden.

Como decíamos, empezamos a tener inmigrantes que podemos incluir en la categoría de personas mayores. La mayoría nos llegan por reagrupamiento familiar. Pero, en unos cuantos años más, el número de los que vayan envejeciendo aquí lógicamente aumentará. Y hemos de ser conscientes de lo que ello implica. Mucha de la gente que llega de lejos trae con ella una consideración especial por la gente mayor y por su papel en las familias. Deberíamos saber aprovecharlo para ayudar a que, en conjunto, podamos entendernos mejor y que podamos aceptarnos cada uno desde su propia identidad y desde la identidad compartida. Ellos van conociendo nuestras costumbres, nuestra manera de hacer. Nosotros debemos reconocer su dignidad, su valor al dejar sus tierras y buscar un futuro mejor para ellos y sus familias. Todos sabemos que el tema no es simple. Cambiar de país quiere decir aceptar costumbres y maneras de hacer que no son exactamente las propias, pero también debería implicar encontrar comprensión y reconocimiento por lo que cada uno es. Nos hemos de ir acomodando los unos a los otros. Integrarnos todos juntos en un mundo que cambia muy rápidamente. Ayudarnos unos a otros para hacerlo con los menores traumas posibles.

¿Cómo encarar la construcción de nuevas políticas de atención a la gente mayor en este escenario de cambio de época?

El gran momento de cambio que vivió Europa y el mundo occidental con el inicio de la Revolución industrial modificó radicalmente las pautas con que se había pensado la ancianidad en la sociedad agraria y comercial. En aquella época, la gente se hacía

mayor de tal manera que, en general, iba adaptando sus funciones y sus cometidos, acompasándolos a sus capacidades físicas, en un contexto de familias extensas y de comunidades relativamente cerradas y compactas. Las personas ancianas eran, muchas veces, el principal contenedor y la memoria de los saberes tradicionales en momentos en que los ritmos de innovación eran lentos y adaptativos. El ciclo de vida era de carácter adaptativo, al combinarse de manera natural labores vinculadas a la subsistencia por parte de personas de todas las edades, desde sus propias capacidades, con aspectos más específicos como la formación, que no estaba ni mucho menos generalizada.

La sociedad industrial se caracterizó por una ruptura clara entre trabajo y subsistencia; con fuertes dosis de innovación tecnológica llegada «de fuera» de las experiencias laborales cotidianas; con dolorosas transiciones de campo a ciudad; con reducción de formatos familiares; y con fuertes segmentaciones en la división sexual del trabajo. Se establecieron con mayor nitidez fases o etapas vitales, separando formación, trabajo y retiro o abandono de la labor asalariada. En ese contexto, el hacerse mayor empezó a relacionarse con improductividad, agotamiento físico y dependencia. Siendo entonces, a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, cuando los poderes públicos fueron los que progresivamente asumieron labores de protección y de sustentabilidad vital, a partir de lógicas de cotización y sistemas de pensiones. Las políticas públicas fueron conformándose como la respuesta (bismarckiana primero, del Estado de Bienestar después) institucional a la dimisión forzada de la familia/comunidad en relación con esas tareas de sostén de los ancianos en su última fase vital.

De esta manera se fueron trasladando de la esfera colectiva-social a la esfera institucional-individual las responsabilidades sobre la (nueva) «problemática» de la edad entendida como fase improductiva-dependiente y manteniendo, al mismo tiempo, la responsabilidad individual/familiar/de la mujer sobre los aspectos del cuidado y la atención, con la colaboración económico-sanitaria de los poderes públicos.

Poco a poco, las políticas de vejez pasaron a ser un elemento central de las políticas sociales, y acabaron siendo en la segunda mitad del siglo XX su eslabón más rentable políticamente, dada la mayor participación-fidelidad de esos colectivos. En efecto, las ins-

tituciones públicas fueron asumiendo funciones (familiares/comunitarias) empezando por la subsistencia al llegar a la fase improductiva (pensiones), y ampliando poco a poco sus responsabilidades (instituciones de acogida; servicios específicos de ocio, etc.), aumentando así su legitimación y «clientelizando» a una parte significativa de la ciudadanía.

En efecto, el colectivo de personas mayores ha sido visto desde las distintas esferas administrativas como un colectivo fiable y leal políticamente. En este sentido, el predominio de niveles educativos más bien bajos y la focalización en el deterioro físico generó en los años ochenta y noventa miradas jerárquicas y desempoderadoras en la conformación de las políticas públicas. Éstas tienden a caracterizarse por visiones de «experto» sobre el colectivo de personas mayores, partiendo de una consideración que podríamos catalogar de «infantilizada» y de «fragilización», entendiendo a la persona más como objeto de atención que como sujeto que pueda decidir sobre lo que le conviene.

En estos inicios de siglo XXI, las políticas públicas dirigidas a las personas mayores parten de considerar como el núcleo duro de las mismas las pensiones, la atención sanitaria universalizada y un abanico más periférico y circunstancial de medidas destinadas al ocio y entretenimiento.

La concepción que ha ido convirtiéndose hasta cierto punto en hegemónica ha girado sobre la bondad de un alargamiento sin límites precisos de la vida, combinada con la expectativa de que en cualquier momento vital la independencia individual está por encima de todo. Todo ello ha derivado en un reforzamiento de la concepción técnico-sanitaria sobre el bienestar de las personas mayores. El sistema sanitario-farmacéutico ha ido ampliando su influencia en esa esfera, «capturando», por así decirlo, las políticas públicas de atención a las personas mayores, usando el marco de la «vida» (como valor indiscutible y al que no puede contraponerse matiz o restricción alguna) como gran fuerza legitimadora, concentrando en esta perspectiva y en la operacionalización de la misma, la mayor parte de los recursos públicos. En este escenario, en el que estamos, la esfera de cuidados personalizados y de atención comunitaria queda en una situación periférica y jerárquicamente dependiente.

Los espacios institucionalizados de atención a las personas

mayores se situaron en ese marco conceptual descrito, sin lograr articular formas alternativas, más personalizadas y de proximidad en relación con las necesidades y expectativas de ese colectivo. La función cuidadora fue vista y concebida como básicamente familiar y privada, manteniendo una lógica de género que persiste a pesar de los grandes cambios derivados de un acceso generalizado de las mujeres a la formación y al empleo. Sigue dominando la idea de que «el cariño no tiene precio», ya que el afecto es un valor a preservar por encima de todo, no es necesario ni conveniente institucionalizarlo, no es mercantilizable en su valor real, ni tampoco es posible «retribuirlo» en su justa medida, y al final nadie se pregunta si «las cosas podrían hacerse de otra manera».

En esta fase de recortes, lo cierto es que el sector de las personas mayores ha estado más protegido que otros colectivos igualmente vulnerables (infancia, juventud, inmigrantes, etc.). Pero a los poderes públicos les resulta muy difícil encarar un cambio de discurso que reconozca esas debilidades y que afronte reformas estructurales de derechos y prestaciones, cuando al mismo tiempo su legitimidad ha caído a niveles nunca alcanzados. La legitimación se fue construyendo sobre las lógicas de prestación y protección, y ahora resulta muy complicado construir otro marco en el que se prime la autonomía, la responsabilidad compartida y las lógicas mutuales.

En estos momentos, se detecta una clara voluntad de repensar las políticas públicas de atención a las personas mayores, pero el desconcierto sobre hacia dónde dirigir los esfuerzos parece también evidente. Predomina la mirada «coyuntural» o «episódica» de la crisis, y se tiende a dejar en segundo plano una perspectiva más de «cambio de época» que obligaría a algo más que a modular las respuestas. Ello exigiría cambiar las preguntas. Es decir, preguntarse si es posible seguir manteniendo una concepción sobre la vejez y la relación entre edad y ciclo vital que es heredera directa de las lógicas propias de la sociedad industrial.

En este sentido, el debate sobre envejecimiento activo toma otra dimensión. Ya no se trata sólo de adaptar o acomodar lo que se hacía a un nuevo paradigma más complejo e integral. Ahora, de lo que se trata, es de ver cuál es el papel de los poderes públicos en el nuevo escenario, qué efectos generará la gran transformación tecnológica y evaluar el nivel de protagonismo que han de ir asu-

miendo las propias personas mayores y otros grupos organizados de ciudadanos para poder afrontar un cambio de época que está poniendo patas arriba todo lo pensado y puesto en marcha a lo largo de muchos años.

Las estrategias institucionales más innovadoras apuntan a buscar la conexión entre las perspectivas de atención y cuidado con formatos centrados en la proximidad, la atención domiciliaria y el reconocimiento de la especificidad de cada quien, pero sin incidir quizás como sería necesario en otros temas asimismo claves como la vivienda y/o el entorno físico y cotidiano. Ello exige la conversión del sistema, muy centrado hasta ahora en la atención médico-farmacéutica, hacia dinámicas más sociosanitarias y descentralizadas. Situando al mismo nivel el «curar» y el «cuidar», redimensionando la perspectiva de «vivir, cueste lo que cueste», desinstitucionalizando el sistema en la medida de lo posible, y afrontando lo que significa el debatir y generar marcos que permitan o exploren otras salidas, más o menos mercantilizadoras, a quien pueda costearlo.

Por otro lado, la gran crisis del trabajo, en su vertiente más estable, continuada y vinculada a trayectorias vitales previsibles, exigiría repensar las fronteras y conexiones entre trabajo, empleo u ocupación. Ya que, en muchos casos, lo que el mercado no reconoce ni retribuye como trabajo resulta esencial para poder mantener lazos vecinales, familiares o comunitarios. El trabajo socialmente útil (útil para quienes lo practican, para quienes lo reconocen como tal, etc.) no coincide con el trabajo mercantilmente reconocido como tal, y por tanto las métricas de valor necesitan ser replanteadas y redimensionadas frente a perspectivas vitales que situaban la edad de jubilación como una barrera rígida entre las personas útiles y las que ya no lo eran.

La transformación tecnológica está generando asimismo nuevas perspectivas de cómo afrontar los cambios en el ciclo vital y las nuevas exigencias en relación con las políticas públicas relacionadas con las personas mayores. Es obvio que Internet no supone sólo un nuevo instrumento para seguir haciendo lo que ya se hacía, y que tampoco puede sólo asociarse a «tecnologías de información y comunicación». Precisamente Internet está entrando de manera rápida y efectiva en la esfera de servicios a las personas en la que la revolución fordista no había entrado. Así, cada día que pasa vemos nuevas aplicaciones relacionadas con salud, con formación, con

interacción entre familiares y personas mayores, entre especialistas y personas aquejadas de cualquier disfunción. Surgen nuevas iniciativas tecnológicas y empresariales (*start-ups*) relacionadas con tecnología y edad, se convocan premios y propuestas vinculadas a la innovación tecnológica y social en el campo de la asistencia y el cuidado a personas mayores, etc.

Internet erosiona todos los espacios de intermediación que no aportan un valor claro para quienes usan esos espacios o que pueden ser sobrepasados o cortocircuitados con nuevas sendas y dinámicas. Y es evidente que ello afecta a instituciones sanitarias, educativas o de servicios. Por otra parte, horizontaliza y empodera a la ciudadanía potenciando su conversión de simples usuarios de servicios pensados por otros, a posibles productores-usuarios de sus propios servicios si se dan las condiciones para ello y se dispone de los recursos o de las capacidades para hacerlo. Esa desjerarquización rompe esquemas entre médicos, cuidadoras y personas mayores, abriendo nuevos campos de juego, en los que la autonomía personal y la mayor subjetivación son elementos centrales.

Tenemos en ese punto nuevas perspectivas de participación y empoderamiento de las personas mayores que pueden complementar y profundizar aspectos que en el paradigma inicial del envejecimiento activo estaban apenas planteados. Entendemos que cada vez será más difícil hablar del colectivo de las personas mayores como algo susceptible de ser caracterizado de manera más o menos homogénea. Necesitaremos hablar de dinámicas generacionales diversificadas y heterogéneas. Ya que, en efecto, la nueva realidad tecnológica, el cambio en las trayectorias vitales y laborales, las diferencias de identidad cultural y de base formativa, exigirán perspectivas que partan del reconocimiento de la diversidad, que asuman el protagonismo de las personas mayores en la co-producción de políticas que les afecten, que asuman como necesario el empoderamiento de esas personas para poner en cuestión y participar en todo lo que les concierne.

Estamos en un auténtico punto de ruptura que nos exige hablar de sujetos y no de objetos cuando nos referimos al conjunto de las personas y, por tanto, también al referirnos a las mayores y a las políticas públicas que les afectan. Un momento que nos obliga a reconocer la notable obsolescencia de lo que se ha venido haciendo frente al cambio de época que atravesamos, y replantear actua-

ciones que tendencialmente infantilizaban a las personas mayores a cambio de prestaciones y servicios que otros pensaban por ellos.

Superar las barreras para construir otra concepción del envejecer

No podemos seguir pensando en las personas y su edad como algo completamente estático y organizado, como ya hemos repetido, por etapas o hitos vitales que corresponden a otras épocas. La situación sumamente «líquida» de las trayectorias personales no permite seguir con esos paradigmas. No hay duda de que la edad cuenta, pero cuenta sobre todo en cada una de las específicas condiciones personales que cada sujeto atraviesa en su devenir vital.

Sin duda, un planteamiento más flexible y personalizado complica mucho las cosas a las instituciones y dinámicas prestacionales acostumbradas a operar con categorías más estables y homogéneas. La tradición en la que se inscribe la manera de hacer de las administraciones públicas nos habla de «eficacia indiferente». Es decir, vincula la eficacia (entendida como capacidad de respuesta a demandas sociales) al hecho de que no exista diferenciación de la prestación (ya que ello implicaría discrecionalidad y falta de adecuación a una normativa «ciega» ante las diferencias personales). Y, sin embargo, los cambios sociales, económicos y culturales de los últimos treinta años han ido relacionando calidad con personalización.

En este sentido, la plena inserción de las personas mayores en la sociedad española no pasa sólo por tener garantizadas unas condiciones de vida dignas, disfrutar de la autonomía individual y ver reconocida su especificidad personal y colectiva. Cuando afirmamos que la gente mayor tiene el derecho de gozar de una ciudadanía plena y de participar activamente de manera integral en nuestra sociedad, ello implica que los mayores, como las personas de cualquier otra edad, no pueden seguir siendo simples objetos de atención y de administración. Implica que han de estar presentes en las dinámicas sociales y políticas de cada ciudad y de cada comunidad.

Es cierto que una parte de las personas mayores ha ido viendo reconocida su voz en muchas ciudades y pueblos donde se constituyeron consejos de representación de la gente mayor. Y también es cierto que el sector de mayores más tradicionalmente organiza-

do ha ido participando activamente en la dirección y gestión de muchos de sus centros y lugares de reunión. Pero detectamos también muchas barreras, muchas reticencias para que puedan ejercer plenamente su condición de ciudadanos responsables en el variado conjunto de las instituciones del país. Y, por otra parte, ha ido aumentando el número de personas de edad avanzada que no se ven representadas ni se reconocen en este tipo de entidades, centros y actividades. Seguramente otros colectivos, otras personas de edades diferentes, tienen las mismas percepciones en relación con otros espacios de participación e implicación cívica. Y por tanto, no queremos decir con ello que este tema de la participación y la implicación en los asuntos colectivos sea un tema que sólo afecta a los mayores.

Pero, hecha esta salvedad, el tema de fondo es cómo mejorar la calidad de funcionamiento de nuestra democracia. Participar en la vida comunitaria es, desde nuestro punto de vista, tan importante como pueda ser tener buena salud y disponer de recursos suficientes para vivir dignamente. Una persona activa y sana es, al mismo tiempo, una persona implicada en lo que le rodea, en el bienestar individual y colectivo. Deberíamos, pues, aprovechar mejor nuestras potencialidades, fuerzas y capacidades. Y muchas veces vemos como a los mayores se les trata también en este aspecto cívico y participativo como personas que están ya de retirada. Hace falta impulsar el papel activo de la gente mayor en el deporte, en las relaciones afectivas, en el preocuparse por mejorar las capacidades educativas y tecnológicas, evidentemente. Pero también hace falta impulsar y canalizar el activismo, las ganas de hacer y de servir de la gente mayor (y del conjunto de las personas) en los espacios públicos, en la esfera del voluntariado, en la capacidad de hacer cosas por los demás. En temas como la sostenibilidad y la defensa del medio ambiente, donde muchas veces la gente mayor puede ayudar tanto o más que otras, a partir de su conocimiento del país, de sus paisajes, de sus recursos básicos, de una vida que, de forma natural, ha tendido a aprovechar y recuperar cosas y recursos, una manera de vivir que ha sido sostenible sin que muchas veces se haya sido consciente de ello, o simplemente denominándolo de otra forma.

Lo cierto es que muchas veces nos cuesta salir de la mirada generacional, pero cada vez es más necesario ver de manera más am-

plia la acción colectiva y social de las personas en sus distintos momentos vitales, y, lógicamente, también de la gente mayor. Las iniciativas y las posibilidades de acción son múltiples y plurales. Los mayores disponen de organizaciones propias y de segundo nivel que agrupan miles y miles de personas en España. Centros, aulas de gente mayor, sindicatos, federaciones son espacios de representación que pueden aprovecharse. Y sin duda es decisivo el papel que pueden jugar los gobiernos locales aprovechando las oportunidades que les da la proximidad para incrementar su presencia activa, superando la necesaria pero insuficiente visión estrictamente representativa. Y esto puede querer decir, por ejemplo, que se puedan ir asumiendo de manera directa y autogestionaria sus propios centros y entidades.

Es preciso ir demostrando y asumiendo que la ciudadanía en general, y la gente mayor en particular, no puede ser sólo un objeto de gestión, sino que también pueden ser sujetos y protagonistas de esta gestión. Si queremos que el hecho de participar de la gente tenga la dimensión que entendemos es necesaria, ello quiere decir relacionar más estrechamente representación y participación, participación y transformación de las condiciones de vida de su propio entorno y de la comunidad que les acoge. Muchas veces se dice cuando se habla de participación que siempre son los mismos los que concurren a las convocatorias. Y ello sucede porque acostumbramos a entender el participar como ir a reuniones, el escuchar, hablar, debatir, tomar acuerdos y volver a reunirnos. Mucha gente, y no sólo los mayores, por participar entiende hacer cosas. Entiende participar como hacer que las cosas que se hacen sirvan para algo. Y, sobre todo, que ellos y ellas puedan ser útiles, activos, y no sólo espectadores de un llamado proceso participativo. No se puede ir repitiendo un formato de participación que es accesible sólo para unos cuantos.

Se han construido algunas barreras que convendría superar a la hora de encarar el tema del envejecimiento activo, que si no se superan pueden tergiversar su sentido más radical y transformador. Nos referimos a ese conjunto de concepciones que tratan de reducir la idea de envejecimiento activo a temas como la salud, al trabajo productivo, o a cuando se limita su sentido profundo a una etapa vital específica o cuando no se distinguen las significativas diferencias que hay entre personas y colectivos en relación con sus

muy distintos recursos. Todo ello acostumbra a ir aderezado con estructuras de elaboración de políticas y de gestión que tratan los problemas desde lógicas más competenciales que integrales, segmentando problemas globales en servicios administrativos específicos. Todo ello erosiona y limita enormemente el potencial disruptivo de una concepción de envejecimiento activo que trascienda edades y que interpele al conjunto del entramado social e institucional. Las trasformaciones a las que asistimos en este cambio de época así lo requieren.

Deberemos pensar, por tanto, nuevas maneras de implicar y dar protagonismo a todos, también a las personas mayores. Formatos más ágiles, activos, limitados en el tiempo y donde todo el mundo sea potencial y realmente protagonista. Y ello quiere decir ampliar el sentido de la participación a las cosas del día a día. Ayudarse, cuidar unos de los otros, cuidar los espacios públicos comunes, colaborar con las escuelas, hacer de voluntarios por el civismo, estar presentes en los grandes debates globales relacionados con la paz, la cooperación internacional, la ayuda a los más desvalidos. La política institucional es también importante pero no es el único escenario de participación de la gente mayor. En la política entendida en el sentido más estricto y convencional, también pueden estar los y las mayores. De hecho, ya hay gente que se implica y eso está muy bien. Creemos que hace falta estimular que haya más gente mayor que sea activa en la política institucional. Muchas veces parecería que es mejor que los políticos sean jóvenes y se sigue manteniendo la confusión entre renovación de la política y la edad de los que la practican. Sin embargo, cambiar las cosas no es un atributo exclusivo de los jóvenes. Los mayores también quieren cambiar las cosas que no les gustan. No son conservadores por ser mayores. En definitiva, pensamos que hemos de apuntar a otra manera de entender lo que quiere decir ser ciudadano, y ello también afecta e implica a la gente mayor.

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2012): Times of interregnum, *Ethics & Global Politics*, *5*(1).

Beck, U. (2013): *La sociedad del riesgo: En camino hacia otra sociedad moderna*, Barcelona, Paidós.

Beck, U. (2015): *What is globalization?*, John Wiley & Sons.

Binstock, R. H., George, L. K., Cutler, S. J., Hendricks, J. y Schulz, J. H. (eds.) (2011): *Handbook of aging and the social sciences*, Academic Press.

Boudiny, K. (2013): 'Active ageing': From empty rhetoric to effective policy tool, *Ageing and society*, *33*(06), 1077-1098.

Domínguez-Alcón, C., Forest, M. y Sénac-Slawinski, R. (2013): *Qué políticas para qué igualdad: debates sobre el género en las políticas públicas en Europa*, Tirant Humanidades.

Durán, M. Á. (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*, Fundación BBVA.

Durán, M. Á. (2014): *Las personas mayores en la economía de Euskadi*. Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia (Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco).

Fernández-Ballesteros, R., Garcia, L. F., Abarca, D., Blanc, E., Efklides, A., Moraitou, D. y Orosa, T. (2010): The concept of 'ageing well' in ten Latin American and European countries, *Ageing and Society*, *30*(01), 41-56.

Fraser, N. (2000): ¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era postsocialista, *New Left Review*, 0, 126-155.

Heylen, L. (2010): The older, the lonelier? Risk factors for social loneliness in old age, *Ageing and Society*, *30*(07), 1177-1196.

Lamb, S. (2014): Permanent personhood or meaningful decline? Toward a critical anthropology of successful aging, *Journal of Aging Studies*, *29*, 41-52.

Pérez Díaz, J. y Abellán García, A. (2015): Envejecimiento y dependencia, en Torres Albero, *España 2015. Situación Social* (pp. 148-157), Madrid, CIS.

Pérez Salanova, M. y Subirats, J. (2011): Diversidad y participación de las personas mayores, en *Libro Blanco Envejecimiento Activo* (pp.321-352), Madrid, Imserso.

Sennett, R. (2011): *The corrosion of character: The personal consequences of work in the new capitalism*, WW Norton & Company.

Subirats, J. (2012): Consideraciones Generales. ¿Crisis o cambio de época?, en *Informe España 2012* (pp. XIII-LVIII), Fundación Encuentro.

— (2011): El reto de la nueva ciudadanía. Nuevos relatos y nuevas políticas para distintas personas mayores, en *Libro Blanco Envejecimiento Activo* (pp. 102-112), Madrid, Imserso.

— (2011): ¿Podemos mantener el modelo social europeo en el cambio de época?, *Pasajes de Pensamiento Contemporáneo* (35), 41-51.

— (2011): *Otra sociedad, ¿otra política?*, Barcelona, Icaria.

— (1992): *La vejez como oportunidad*, Madrid, Imserso.

Walker, A., y Maltby, T. (2012): Active ageing: A strategic policy solution to demographic ageing in the European Union, *International Journal of Social Welfare*, *21*(s1), pp. 117-130.
Walker, A. (2012): The new ageism, *The Political Quarterly*, *83*(4), 812-819.
Young, I. M. (2002): *Inclusion and democracy*, Oxford University Press.